



De guerras heredadas y violencias legadas

Alejandra Ríos Ramírez

Doctoranda en Ética y Democracia de la Universidad de Valencia-España, profesora asociada del Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas de la Universidad EAFIT, ariosram@eafit.edu.co

¹ Patricia Lara, *Las mujeres en la guerra* (Bogotá: Planeta, 2020).

Presentar un libro que va por la reimpresión número veinte parece no ser de gran interés; cerca de cien ejemplares vendidos atestiguan que el texto es una referencia en la literatura sobre el conflicto colombiano, y que en ese sentido es bastante conocido. No obstante, merece reseñarse la edición conmemorativa de los veinte años de *Las mujeres en la guerra*¹ —con el cual le fue otorgado a Patricia Lara el Premio Planeta de Periodismo en el año 2000—, pues además de incluir epílogos a la mayoría de los relatos originales en los cuales las protagonistas narran lo que ha sido de sus vidas después de veinte años, se añade el testimonio de una de las madres de los miles de jóvenes asesinados en ese ominoso capítulo de la historia colombiana llamado “falsos positivos”.

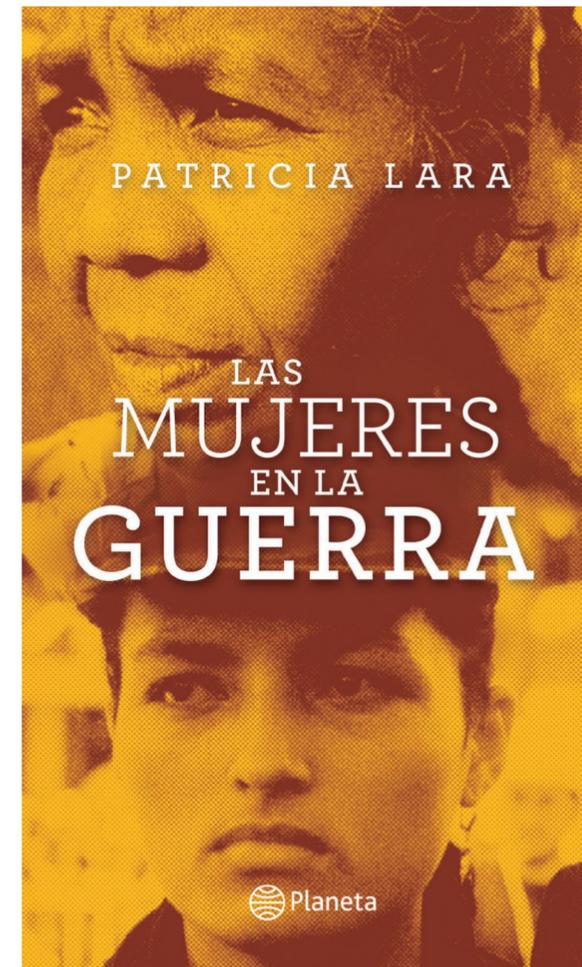
Esta edición de *Las mujeres en la guerra* consta de diez relatos, cada uno de los cuales corresponde a las crónicas que Lara elaboró a partir de los testimonios de algunas mujeres que han hecho parte de y han padecido los embates de la guerra en Colombia. Con la lectura de este libro podemos viajar por gran parte de la historia del conflicto colombiano, pues una de sus protagonistas nace en 1926 y la más joven en 1983. Si seguimos la voz de cada mujer y tratamos de entender el contexto desde el que nos hacen conocer su vida, tendremos de manera indirecta una narración del conflicto colombiano transcurrido durante los 57 años que separan el nacimiento de Margot León Gómez de Pizarro —madre de cuatro

hijos militantes de la JUCO, las FARC-EP y el M-19—, y de La Nena —nombre supuesto por la autora para designar a una de las víctimas del secuestro del Fokker-50 de Avianca por parte del ELN en 1999—. Casi seis décadas de decurso nacional referido desde distintos contextos temporales, geográficos y políticos, y desde diversas procedencias socioeconómicas.

De acuerdo con lo anterior, merece resaltarse que, aunque las historias reconstruidas por Lara sean individuales y en apariencia desvinculadas unas de otras, lo cierto es que la violencia, la guerra y el conflicto son el entramado sobre el que se tejen las vidas de estas mujeres; entramado con el que, a manera de herencia, cada cual ha podido lidiar a su manera. Así lo refiere Dora Margarita: “Mi mamá hablaba de La Violencia (...) contaba que cuando estaba embarazada de mi hermana Lucía, casi la pierde: fue inmensa la impresión que le causó ver por la ventana cómo una noche le cortaron la cabeza a un señor”. La violencia como telón de fondo marca también la vida de Isabel Bolaños:

No sé por qué nunca (...) me ha interesado llevar una vida normal. Será porque me crié en el barrio Colón, de Montería, un barrio de campesinos y pescadores pobres, desplazados por la violencia, con quienes de niña iba a pescar y de adolescente los acompañaba a bailar en las cantinas hasta el amanecer.

De este modo relata Juana Sánchez, cuyo nombre es ficticio, su primer desplazamiento a causa de la violencia:



Cuando en 1969 llegó la guerrilla a La Velásquez, cerca de Puerto Boyacá, y empezó a enfrentarse con el ejército, y comenzaron a aparecer cadáveres en la carretera, mi papá decidió vender la finca y comprar una casita en Puerto Salgar: “Ahí vemos cómo sobrevivimos”, le dijo a mi mamá. Entonces yo tenía nueve años.

De lo anterior merece resaltarse que, Dora Margarita —guerrillera del ELN y del M-19—, Isabel Bolaños, La Chave —Dirigente de las Autodefensas—, y Juana Sánchez —desplazada varias veces por distintos actores armados—, no comparten ni procedencia geográfica ni procedencia socioeconómica, tampoco comparten nivel de educación. De hecho, resulta infructuoso buscar en las crónicas una causa única de los acontecimientos violentos en los cuales están inmersas sus protagonistas: las campesinas —pobres o acomodadas—, las amas de casa —en condición de pobreza o riqueza—, así como las estudiantes y profesionales de clase media se vieron envueltas en circunstancias que las llevaron a ser el centro del conflicto armado narrado en estos relatos. La violencia que

han vivido no conoce roles sociales ni rangos profesionales: en eso están hermanadas, la violencia y el conflicto las ha emparentado. Esto, me parece, es una de las grandes enseñanzas de *Las mujeres en la guerra*.

El texto es pues una polifonía que, sobre la base de la violencia, refiere de manera peculiar la intensidad de cada vida, pero, sobre todo, nos acerca a lo que Patricia Lara afirma acerca de su libro: que es “la colección de verdades distintas y subjetivas que, al entrecruzarse, disparan el conflicto”. En efecto, en los relatos están presentes ideas contrarias sobre el papel del Estado, opiniones antagónicas sobre los derechos, objetivos políticos irreconciliables. Por ejemplo, La Chave, perteneciente a una familia acomodada de Montería, afirma que, “compartía la filosofía de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. La organización consideraba que la autodefensa era un derecho que debía ejercerse cuando el ejército no respondía, cuando quien tenía el monopolio de la fuerza no tenía la capacidad de darnos protección y seguridad. Entonces era legítimo armarse”. Con el mismo convencimiento, Dora Margarita, cuyo recuerdo infantil más vívido es el hambre, y quien a sus 22 años ingresa al ELN previa formación urbana, será persuadida y se convencerá de que esta organización armada “trabajaba en bien de los pobres, que iba a mejorarle las condiciones a la gente, a terminar con las injusticias, a impedir que los ricos fueran cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres”. De modo que habiéndose convencido de la nobleza de los ideales y de la justicia de su misión decide entregarse a esta guerrilla incluso “con alegría”. Liliana López, procedente de un barrio de clase media de Armenia, cuya infancia presenta como feliz, y quien logra convertirse en comandante de las FARC-EP cuenta que su ingreso a la guerrilla a los 19 años surgió de la firme convicción de luchar “por crear una sociedad distinta, más justa, sin hambre”, razón por la cual, para ella “la de la guerrilla era una lucha importante”.

Según mi parecer, lo más dicente de lo anterior es que tanto las guerrilleras como la dirigente de las Autodefensas defendían en el momento de la decisión crucial, es decir, en el momento de ingresar a las organizaciones armadas, la necesidad del uso de la violencia para darle vida a los proyectos políticos en los cuales creían. De nuevo, la violencia las emparenta: la han heredado y la reproducen. Así se expresa Liliana López, Alias Olga Lucía Marín: “¿Qué si valió la pena la lucha?”

Pues claro que sí... La lucha armada en Colombia no fue una aventura... fue una respuesta a una agresión estatal..."

Por otra parte, interesa observar la perspectiva de algunas de las mujeres civiles respecto a la guerra. María Eugenia Guzmán de Antequera a sus 36 años queda viuda y con dos hijos tras el asesinato por parte de paramilitares del líder de la UP José Antonio Antequera en 1989; Maxelén Boada de Pulido enviuda a los 31 años luego de que su esposo, el teniente Carlos Alberto Pulido Aguilar, fuera asesinado en diciembre de 1999 durante una emboscada de las FARC-EP en Valledupar. Importa de estos relatos, además de la pérdida de sus amados, el posterior *shock* del cual quedan presas estas dos mujeres, pues el trauma por una muerte violenta nos ofrece una suerte de indicador de la desolación en la que quedan sumergidas. A María Eugenia de Antequera, esposa del militante de la UP, y a Maxelén Boada, esposa del militar, aunque en apariencia estén ubicadas en lugares distintos de la sociedad, las vincula el dolor que trunca sus vidas por largos años. El calvario de estrés de María Eugenia había comenzado cuatro años antes del asesinato de su esposo a causa de las constantes amenazas a su vida y a la de su familia: "Comunistas de mierda, esa familia no va a crecer". Y en efecto, cuando la familia disminuye por el asesinato de Antequera, María Eugenia relata:

Al comienzo me enfermé de los riñones, del colon, de los dientes (...) La muerte violenta deja muchos traumas en la familia: cada uno culpa al otro de lo que está sintiendo, uno se vuelve agresivo (...) A los quince días de la muerte de Pepín, cuando íbamos a viajar a Barranquilla, Darío, el menor —entonces tenía cinco años—, se metió debajo de la cama dando gritos y pidiéndole auxilio a la empleada para que yo no lo sacara porque decía que en el aeropuerto lo iban a matar. Lo llevé a la fuerza.

Por su parte, Maxelén Boada relata que luego de la ceremonia fúnebre y del entierro de su esposo vivió sola el duelo durante dieciséis años; a lo largo de ese tiempo nunca quiso vivir con nadie más, se aisló, sentía que nada valía la pena, entró en "guerra con Dios". Cuenta Maxelén, cercano el primer aniversario de la muerte del teniente Pulido:

Aún no me recupero. He estado muy mal. Una vez pensé en arrojarme a un carro o en lanzarme de un piso alto. Otra vez pensé en cortarme las venas. Cuatro meses después del entierro casi me suicido: era un miércoles, me desperté para irme al trabajo, cogí el revólver que él me había dejado y me apunté en la sien. Pero pensé en mi mamá y no disparé.

La grave depresión postraumática que sufrieron estas viudas también fue una espantosa realidad para Jairo René, un soldado de veintiún años que alcanzó a estar en el Ejército solo trece meses, y tres años secuestrado por las FARC-EP a raíz de los combates por la toma de Miraflores en agosto de 1998. Myriam de Roa, la protagonista de este relato es su madre, quien además fue madre de otros dos hijos y cuyo esposo nunca la dejó trabajar a pesar de la insuficiencia de medios económicos para mantener dignamente a su familia. Luego de los terribles tres años de secuestro de su hijo, narra Myriam que Jairo René luego de ser liberado:

Parecía normal (...). Claro que cuando llegamos de Tolemaida [lugar de la entrega de Jairo René] no quería acostarse en la cama... Nosotros le habíamos comprado una. Pero se empeñó en dormir en el suelo. Durmiendo en el suelo duró mucho tiempo. Cuando llovía sentía mucho miedo (...) Y también le daba miedo salir a la calle, casi no salía, se la pasaba con nosotros. Esos traumas le duraron un buen rato... incluso ahorita es callado, no habla, no le cuenta a uno nada, y como que no quiere hacer nada..."

Las cicatrices del cautiverio quedaron en el cuerpo y en el ánimo de Jairo René, también en la madre y su familia, quienes durante tres años sintieron la desidia del gobierno ante su situación; su indolencia melló la confianza en el Estado. De hecho, el esfuerzo de las madres de los soldados del Ejército parecía, no solo infructuoso, sino invisible: solo después de nueve derechos de petición pudieron ver a sus hijos y grabarlos en un video presentado a los medios de comunicación: "Se armó el escándalo, y ahí sí los recibió el presidente Andrés Pastrana". Afirma Myriam: "A uno de la mucha tristeza que esos muchachos le estuvieran sirviendo a la patria y que el gobierno se haya portado así (...). Los 527 soldados y policías secuestrados no son importantes". Las mismas heridas morales que le ha dejado a Gloria, la madre de La Nena, una de las treinta y cinco personas secuestradas por el ELN en el vuelo de Avianca 9463 en 1999:

Cuando el papá de uno de los secuestrados le pidió ayuda, Pastrana le dijo que hablara con los del ELN, que eran quienes tenían a su hijo. Entonces nos sentimos como una hoja en el aire y nos preguntamos que si no podíamos recurrir a la autoridad legítima en una situación como esa, qué hacíamos.

Veintiún años atrás, en 1978, Margot León Gómez de Pizarro narra que cuando su hija Nina fue apresada durante el operativo en el que el M-19 robó cinco mil armas en el Cantón Norte de Bogotá, esta estaba embarazada. Al pedirle ayuda a un

general del ejército para que le dejara ver a su hija y acompañarla en cautiverio a causa de su estado de gestación, el general le respondió: "Es como puta su hija, ¿no?". Las heridas fatales de la guerra son padecidas por las víctimas directas, pero también son sufridas por los familiares y allegados que, ante la incompreensión e indolencia de algunos funcionarios públicos, llegan a creer que la causa de la tragedia recae sobre ellos; así lo vivió Luz Marina Bernal cuando fue a denunciar la desaparición de su hijo Fair Leonardo Porras Bernal, pues la fiscal de Soacha le dice en enero de 2008:

—No le voy a recibir la denuncia porque aquí siempre colocan denuncias de personas extraviadas, y nunca vienen a retirarlas. Y agregé:

—Deje tranquilo a su hijo. Él debe estar divirtiéndose en Girardot con la novia. ¿Por qué las mamás tienen la costumbre de tener a los hijos debajo de las enaguas? ¿Por qué no los dejan divertirse?

"El gringo", como apodaban en su barrio a Fair Leonardo por sus hermosos e intensos ojos azules, apareció en septiembre de 2008 en una fosa común de Ocaña junto a otros jóvenes ejecutados por las mismas razones: hacer pasar a civiles por guerrilleros caídos en combate. Luz Marina llevaba ocho meses de incansable y desesperada búsqueda de su hijo, quien la Fiscalía, previo reporte del Ejército había catalogado como "jefe de la organización narcoterrorista". En octubre de 2008, el entonces presidente Álvaro Uribe Vélez había afirmado de manera pública, y sumándose al desprecio administrativo por la vida de personas "anónimas" que: "los jóvenes de Soacha no se habían ido precisamente a recoger café, sino que se habían ido con propósitos delincuenciales". Luz Marina Bernal logró demostrar que Fair Leonardo, "un ser inconfundible", era una persona que no sabía leer ni escribir, que no tenía sentido del dinero y que padecía de discapacidad motora en su brazo y pierna derechas, razón por la cual las pruebas fotográficas tomadas al momento de levantamiento del cadáver eran un montaje: el Ejército había declarado que Fair, el "jefe de la organización narcoterrorista", empuñaba en su mano derecha una arma 9 milímetros. La inconsistencia no solo era evidente debido a que una persona que no sabía leer ni escribir, y que tampoco entendía la función del dinero, fuera el jefe de organización alguna, sino que, "el gringo", a causa de su problema motriz, era zurdo. Dice Luz Marina que el burdo montaje sobre el asesinato de su hijo y el cinismo de la afirmación del entonces presidente Uribe Vélez la "impulsaron a luchar contra el Estado, contra el gobierno y contra las cúpulas

militares", trayendo tal lucha, como resultado, que el asesinato de Fair Leonardo Porras Bernal fuera declarado un crimen de lesa humanidad.

Los "falsos positivos" o las llamadas ejecuciones extrajudiciales no son más que una argucia semántica para eludir la terrible realidad del asesinato crudo, calculado y a sangre fría de miles de jóvenes engañados con la promesa de un buen trabajo a cambio de prebendas administrativas. No solo sorprende la indolencia de algunos funcionarios públicos narrados por estas madres, duele aún más el uso instrumental del que han sido objeto sus hijos, esto es, han sido despojados de toda categoría humana y usados como medios para la obtención de fines políticos, económicos y privados.

En definitiva, la dramática polifonía de *Las mujeres en la guerra* enriquece la mirada sobre el fenómeno de la guerra y el conflicto en Colombia, pues nos conduce a reconocer la realidad compleja que entraña todo conflicto. Desde cualquier orilla ideológica y política se puede usar a los seres humanos concretos como instrumento para el logro de fines "más altos"; la mentalidad instrumental de la política no conoce de credos ideológicos; eso es una realidad con la que hay que contar. Y hay que contar con ella porque sirve como el negativo de las conclusiones a las que llegan todas las mujeres que han sido emparentadas por la violencia, que la han vivido, que la han sufrido: la mayoría de ellas refiere que luego de haberse enfrentado cara a cara a los victimarios, reconocieron en ellos a seres humanos capaces de bondad, generosos y respetuosos. Gran paradoja. Pero como toda paradoja, pertenece al orden de lo real humano que aquellos que han torturado o asesinado sean "altos, bajitos, gordos, flacos, [hombres que] durante la tortura permanecían encapuchados. Pero no parecían monstruos: ¡eran hombres comunes y corrientes los que me torturaban!". Esos hombres normales también eran capaces de amor y de cuidado hacia sus seres queridos. Este es otro gran reto que nos plantea *Las mujeres en la guerra*, y de allí que invite a leer esta edición conmemorativa.

Para finalizar y a manera de coda crítica: Patricia Lara insiste en su introducción que la guerra en Colombia ha sido impuesta por el machismo de los hombres, que son ellos como género los que están hechos para la guerra y que sus ansias de poder son la causa de que persista el conflicto en el país. Permítanme discrepar, sin desconocer el dolor y el sufrimiento de las mujeres. Bien nos

muestra el libro, y la realidad, que las filas de los grupos armados al margen de la ley también están compuestas por mujeres, cada una de las cuales, tanto como los hombres, han tomado la decisión de ingresar allí. No veo cómo se le puede lavar el cerebro a una mujer más fácil que a un hombre: a ambos, sin distinción de género, se les puede convencer o manipular. Afirmando mi discrepancia justo por el éxito del libro, porque también lo leen en los colegios y en las universidades. Es decir, me resulta más que arriesgado afirmar que los hombres son los culpables de la guerra y, por simple deducción binaria, que las mujeres somos las responsables de la paz. En este péndulo blanco-negro perdemos todos: los hombres la capacidad para la paz, y las mujeres nuestra responsabilidad por haber recurrido al ejercicio de la violencia. Vale la pena no pasar por alto este aspecto en la lectura del libro.

■

